

ZACH KING



EL LÍO
MÁGICO

DESCÁRGATE
GRATIS LA APP

en

WWW.ZACHKINGMAGIC.COM

DESTINO

KING

UN
LÍO
MÁGICO

Traducción de Rosa Sanz

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Zach King. The magical mix-up*

© del texto, Zach King, 2018
© de las ilustraciones: Beverly Arce, 2018
© del traductor: Rosa Sanz, 2018
© Editorial Planeta S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: septiembre de 2018
ISBN: 978-84-08-19403-3
Depósito legal: B. 16.529-2018
Fotocomposición: Realización Planeta
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

—¡Vamos! —gritó Rachel—. ¡Se me va a escapar!

La chica montaba al cocodrilo gigante como si domara un potro salvaje. Cocozilla, el bicharraco asqueroso, se había teletransportado desde el zoo hasta el despacho del director a través de las gorras mágicas de Zach King y estaba a punto de escaparse. Zach y otros



dos niños aprovecharon la distracción para apartarse de sus temibles fauces.

Zach adivinó lo que tenía que hacer. Rachel no podría contener a la bestia mucho más tiempo, así que cogió sus gorras, que actuaban como portales mágicos, y engañó al cocodrilo para que se lanzara sobre una de ellas. Luego se dio la vuelta y tiró la otra por el retrete del director. Entonces, el monstruo desapareció por el inodoro, que emitió un gorgoteo y estalló en mil pedazos, inundando todo el despacho...

—Qué recuerdos —suspiró Aaron mientras miraba el vídeo del cocodrilo en su móvil por enésima vez—. Jo, tío, ojalá siguieras haciendo magia.

—Y que lo digas —respondió Zach. Estaban atravesando el aparcamiento del centro comercial, y tuvo que sujetar a su amigo para evitar que un coche se lo llevara por delante—. Es como si hubiera vuelto al principio: a la nada más absoluta.

Solo habían pasado unas cuantas semanas desde la

destrucción de sus gorras, pero Zach ya se había cansado de ser un niño normal. Formaba parte de una familia de magos modernos, y cada uno de los King poseía un único objeto que le permitía hacer magia. Por eso, desde que había salvado a sus amigos, Zach estaba convencido de haber perdido sus poderes para siempre.

¿O no?

Cuando llegaron a la entrada, la superficie transparente de la puerta le dio ganas de probar suerte. Después de todo, ya había traspasado un cristal similar en una ocasión, ¿sería capaz de repetir el truco sin las gorras?

Había que intentarlo.

—Saca el móvil —le pidió a Aaron, quien siempre estaba dispuesto a grabar vídeos chulos—. ¡Voy a probar!

—¿Otra vez?

Zach había pasado las últimas semanas intentando reactivar su magia en vano, pero sabía que esta vez iba a ser diferente... porque sí.

Así pues, respiró hondo, retrocedió un poco para tomar impulso y echó a correr hacia la puerta cerrada. En su mente imaginaba que iba a traspasar el cristal como si no existiera.

«Puedo hacerlo —pensó—. Tengo que hacerlo.»

¡PAM!

Se dio de bruces contra la puerta; en lugar de atravesarla, rebotó y se chocó con Aaron, que soltó un grito. La gente los miró extrañada, y Zach se sintió como un pringado. Y encima, le dolía la nariz.

—Ay —se quejó, llevándose una mano a la napia.

Aaron miró su móvil.

—Supongo que esperabas otro desenlace.

—La verdad es que sí. —Zach suspiró con resignación—. Creía que esta vez iba a conseguirlo.

—Tiene que haber algún truco, pero seguro que acabamos descubriéndolo entre los dos —lo consoló su amigo.

Acto seguido entraron en el centro comercial y se encaminaron hacia la zona de los restaurantes. A Zach le seguía palpitando la nariz cuando se sentaron en una

cafetería de estilo americano, donde se pidieron un batido para cada uno y una fuente de patatas fritas para compartir.

A Zach y a Aaron les encantaba aquel lugar. Las patatas estaban crujientes, las hamburguesas eran baratas, nadie los atosigaba y siempre había un murmullo de actividad a su alrededor.

Mientras que una multitud hambrienta pasaba ante ellos, Aaron fue incapaz de resistirse a ver el vídeo del cocodrilo una vez más.

Zach se fijó en que ya había superado las quince mil visitas, su mayor récord. Entonces se preguntó cuántas habrían sido de sus amigos, que lo reproducían una y otra vez.

—En serio, colega, tenemos que hacer algo —le repitió Aaron, a la vez que se tiraba del cuello de la camisa como si le molestara—. Sin magia, se acabaron los vídeos buenos de YouTube, perderemos suscriptores y nos quedaremos desfasados. Tiene que haber una manera de que recuperes la magia.

Los vídeos les habían servido para alcanzar cierta

popularidad en clase y en internet, de modo que entendía que su amigo no quisiera dejarlos después de haber sido objeto de burla durante tantos años. En cuanto a Zach, el colegio seguía siendo algo nuevo para él, ya que siempre había estudiado en casa, y los vídeos le habían facilitado bastante la vida.

En aquel momento, ninguno de los dos estaba en la cresta de la ola como Tricia, ni eran respetados como Rachel, pero al menos habían dejado de ser los últimos monos.

—Para tu información, los objetos mágicos no crecen de los árboles. Bueno, salvo en el caso de mi tío Elvis, que tiene una hoja mágica. El pobre se pone histérico cada vez que llega el otoño. Si se le cae en un montón, a ver quién es el guapo que la encuentra...

—Lo digo en serio. No podemos empezar a tirar de repeticiones. Necesitamos contenido nuevo para proteger nuestra marca.

—¿Nuestra marca?

—Claro, somos los de los vídeos de magia —le explicó Aaron—. Si no seguimos haciendo trucos

cada vez más espectaculares, perderemos a nuestro público.

—Si tú lo dices...

En realidad, a Zach no le preocupaba tanto su «marca» como Rachel, de quien estaba colado desde el momento en que la vio. Y los vídeos habían sido lo primero que había despertado el interés de la muchacha por él. ¿Le seguiría gustando aunque no pudiera hacer magia?

Miró la hora en su móvil. Rachel ya tendría que haber llegado. ¿Era cosa suya o cada vez se retrasaba más cuando quedaban?

—No sé qué decirte, tío —confesó Zach—. Sin las gorras, mi magia ha desaparecido. Más nos vale que tu gato *Michael* consiga algunas visitas con sus monerías.

—*Michael* está de baja.

—¿De baja? ¿Cómo puede haberse cogido la baja un gato?

—Hemos tenido diferencias creativas. —Aaron echó una ojeada por los alrededores y bajó la voz—. Si te digo la verdad, el éxito se le ha subido a la

cabeza. Ya ni siquiera ronronea ante la cámara si no le doy atún a cambio. —Dejó escapar un suspiro—. Estos actores...

—Pues estamos fastidiados. Cada persona tiene un único objeto mágico, y punto pelota. Así son las cosas.

—¿Y si no lo fueran? —Aaron puso otro vídeo en su móvil—. Mira esto otra vez.

En el vídeo, grabado por Aaron unos días antes del incidente del cocodrilo, a Zach se le congelaba el cerebro después de beberse un refresco demasiado rápido. Luego se daba unos golpecitos en la cabeza y le salían cubitos de hielo de la oreja, que cayeron con estrépito sobre la mesa.

—¿Lo ves? ¡Es magia! —exclamó Aaron señalando la pantalla—. Y que conste que lo hiciste sin las gorras.

—Sí, bueno, pero no tengo ni idea de cómo lo logré —replicó.

—Eso es lo que hay que descubrir.

Entonces, Aaron le puso un batido de helado de chocolate delante de la cara.

—¡No fastidies! —protestó Zach—. ¡Pero si estoy lleno!

—Esto es ciencia, macho. Tenemos que seguir haciendo experimentos hasta que lo consigamos.

—No es ciencia, es magia. ¿Lo dices en serio?

—Súper en serio.

Aaron llamó a la camarera y le pidió un batido de cada uno de los sabores que tenían.

—Ni hablar —se negó Zach—. Así no vamos a demostrar nada.

—Bueno, pues ya me dirás cómo vamos a recuperar tu magia si no —dijo Aaron—. ¿Qué otras cosas habías comido cuando convertiste tu cabeza en una cubitera?

Zach hizo memoria.

—Un polo, creo. Y antes, unas patatas fritas con kétchup.

—Conque kétchup, ¿eh? —A Aaron se le iluminó la mirada—. ¡Igual que la primera vez, el día que nos conocimos en la máquina expendedora!

Zach sabía perfectamente a qué se refería. En su



primer día en el colegio público Horace Greeley, el muchacho se desplomó sobre una de las máquinas del comedor y atravesó el cristal como un fantasma justo después de que Tricia Stands y sus malvadas amiguitas lo pringaran de ketchup. Nunca había sabido cómo ni por qué ocurrió, ni la razón por la que no era capaz de repetirlo.

—¿Qué insinúas? —preguntó—. ¿Crees que fue el ketchup lo que activó la magia?

—¿Por qué no? ¡Parece ser lo único en común de las dos ocasiones en las que hiciste magia sin las gorras!

Aaron, emocionado, alargó el brazo para coger el bote rojo de la mesa.

—¡Espera un momento? ¿Qué vas a...? —empezó a decir, pero ya era demasiado tarde.

Su amigo lo apuntó con el bote, lo estrujó y llenó su sudadera favorita de salsa.

—¿Qué, funciona? —preguntó Aaron—. ¿Sientes algo?

—¿Aparte de cabreo? —dijo Zach mientras trataba de limpiarse con una servilleta, pero lo único que hizo

fue esparcir la mancha roja y pegajosa por todas partes. Parecía la víctima de una película de terror. Cuanto más lo restregaba, peor aspecto tenía—. ¿Te has vuelto loco o qué?

—No te preocupes por eso e intenta hacer el truco de los cubitos —lo animó—. ¡A ver si el ketchup hace algo!

—¡No tengo hambre!

—Tú inténtalo.

—Venga, vale. Lo que tú digas.

Zach se bebió el batido lo más rápido que pudo. Acto seguido, el frío se le subió a la cabeza e hizo una mueca.

Aaron levantó su móvil para grabar los resultados de la prueba.

—¿Pasa algo? Menea la cabeza como hiciste la otra vez.

Zach obedeció.

—Con más fuerza —insistió.

Volvió a menearla con más intensidad, pero no cayó ni un solo cubito.

—Nada. —Se encogió de hombros—. Puede que entonces aún me quedara algo de magia.

—No sé, no sé. —Aaron no parecía estar dispuesto a renunciar a su teoría. Se rascó la barbilla como si fuera un científico resolviendo una ecuación compleja—. Quizá haya que encontrar el tipo concreto de ketchup, o probar con mostaza o mayonesa...

Zach emitió un gemido de protesta.

¡Debía de existir un método mejor para recuperar su magia!